

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Homilía del P. Joan Carles Elvira, prior de Montserrat

24 de junio de 2007

Is 49, 1-6; Hch 13, 22-26; Lc 1, 57-60.80

Cuando contemplo la realidad de nuestro mundo, hermanos y hermanas, nada me llena tanto de esperanza como el hecho de constatar que Dios continúa irrumpiendo en la vida de las personas para transformarlas. Hablo, claro está, del Dios de la Biblia, que sale al encuentro del hombre para iniciar con él una historia de amor. A menudo, es mucho tiempo después que la persona llamada comprende lo que ha pasado: *De lejos penetras mis pensamientos.. Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno... son admirables tus obras...* Con los años, el creyente aprende a discernir en la propia vida los signos de la acción de Dios. A la luz de la Biblia, pues, todo el sentido de la existencia humana se concentra al implicarse decididamente en esta relación de amor interpersonal con Dios.

Pero en algunas personas esta relación tiene una intensidad especial. Es el caso de los profetas. En ellos la llamada va estrechamente ligada a la escucha de la palabra de Dios y al cumplimiento de una misión. Precisamente el Nuevo testamento denomina a Juan Bautista *profeta del Altísimo* y el mismo Jesús lo considera incluso *más que un profeta*. ¿Cuál era esta misión tan grande, a la cual era destinado Juan Bautista? La de preparar los caminos del Mesías y anunciar al pueblo la salvación de Dios a través del perdón y de la paz. Con todo, por más que en un primer momento la llamada sea clara, la realización después de la misión exige del profeta una actitud de espera obediente y una gran confianza en las maneras de hacer de Dios, siempre desconcertantes. En el Jordán, ¿qué debería sentir Juan al ver a Jesús viniendo hacia él para recibir el bautismo, como uno más entre los pecadores? O bien más tarde, en la prisión, al hacerle llegar la pregunta de si era Él el que tenía que venir o tenían que esperar otro. No lo podemos saber a ciencia cierta pero sí podemos intuir alguna cosa cuando nos fijamos en estas palabras que el evangelista Juan pone en boca del Bautista: *Yo no soy el Mesías, sino que me han enviado delante de Él. El que lleva a la esposa es el esposo, en cambio, el amigo del esposo, que asiste y lo oye, se alegra con la voz del esposo. ¿Será esta misteriosa alegría el secreto de la misión de Juan Bautista? Porque no se trata de una alegría cualquiera, sino la que es propia del amigo del esposo, aquél que se alegra del amor entre el esposo y la esposa. También el discípulo, llamado a ser evangelizador, tiene que conocer esta alegría. Como Juan Bautista, no tiene que buscar protagonismos sino que abrir caminos al Señor e invitar a su seguimiento. El evangelizador encuentra su recompensa en la discreción, es decir, en saber retirarse una vez el nuevo discípulo encuentra a Jesús. Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar*, concluye Juan Bautista al hablar precisamente de su misión. Quizás a nuestra Iglesia le faltan profetas y evangelizadores porque no hay muchos discípulos dispuestos a menguar. Digo eso porque a menudo, en nuestra tarea evangelizadora, nos sentimos demasiado los protagonistas, como si suscitar la fe dependiera de nosotros, y no tenemos el suficiente cuidado de lo más decisivo: de irradiar a nuestro alrededor la alegría de ser cristianos. Lo pienso sobre todo con respecto a las nuevas generaciones... Dejádme, pues, acabar esta homilía con unas palabras dirigidas a nuestros escolanes, a punto de empezar sus merecidas vacaciones de verano.

Os querría decir principalmente dos cosas sobre la fiesta que estamos celebrando. La primera, que es una gran suerte poder ser amigos de Jesús, como lo fue Juan Bautista. No os olvidéis de este amigo tan especial cuando estéis fuera de Montserrat. Él nunca os dejará; no lo dejéis tampoco vosotros. Y la segunda, sobre todo para los que acabáis hoy vuestro paso por la Escolanía. Muy a menudo me pregunto: los monjes, ¿llegamos a transmitir a los escolanes el sentido de nuestra vocación? La tradición monástica siempre ha visto en Juan Bautista el prototipo del monje y la fiesta de hoy nos lo presenta como aquél que acepta disminuir para que Cristo nazca en los otros. Ojalá hayamos sido capaces de conducirlos a Jesús y después retirarnos. O lo que es lo mismo, de aceptar disminuir para que vosotros crezcáis.